

Consideraciones finales: las nuevas reglas del juego de la identidad en la sociedad del conocimiento

Gatti, Gabriel; Martínez de Albeniz, Iñaki (cols. Leire Etxezarra, Elixabete Imaz, Daniel Muriel, Andrés G. Seguel)

Trabajando con conceptos (laboratorio, inscripción, auditoría o protocolo) y perspectivas teóricas (sociología de la ciencia y de la tecnología) que se creían privativos de situaciones en las que prevalecía una dimensión científico-técnica y utilizándolos para el análisis de los imaginarios colectivos sobre la identidad hemos querido demostrar dos cosas. Una es de orden teórico-metodológico y pasa por afirmar algo en lo que no nos detendremos en esta ocasión: el interés de estos conceptos y perspectivas para el estudio de la vida social. No deja de tener relevancia, de cara a definir el terreno en el que pueden desenvolverse las ciencias sociales en la sociedad del conocimiento, que esta red conceptual pueda ser extendida al análisis de materiales socialmente sensibles, como las identidades colectivas, máxime si, como creemos que ha quedado suficientemente demostrado en este trabajo, son condición de posibilidad de una des-esencialización de lo identitario en general y del análisis de sus procesos de construcción tanto discursiva como (sobre todo) material.

La otra es de orden socio-histórico y tiene que ver con una mutación de gran envergadura, la que procede del ingreso de los mecanismos que hacen la vida social en territorios propios de lo científico y lo tecnológico. En efecto, ahora, la identidad se *produce*, los imaginarios se *auditorizan*, las comunidades se *inscriben* y lo son si responden a un *protocolo*. Un gran cambio, qué duda cabe, que hace posible trabajar conjuntamente con cuestiones que antaño integraban campos de significación mutuamente excluyentes: identidad y ciencias duras, comunidad y experticia. Ese proceso de cambio –a ese consenso se está llegando en ciencias sociales– responde al rubro de “sociedad del conocimiento”. Demasiado amplio, empero. Matizarlo para saber cómo la identidad se produce en la sociedad del conocimiento ha sido nuestro objetivo.

No obstante, un proyecto de investigación que abre una línea de trabajo y que busca señalar nuevas tendencias no puede pretender cerrarse con afirmaciones demasiado concluyentes. A lo sumo, puede marcar algunas orientaciones. En este cierre aportaremos dos; una tiene que ver con las relaciones, de suyo cacofónicas, *entre lo técnico y lo étnico* y sostiene que esas relaciones se conjugan hoy no en términos de qué es identidad sino en términos de **cómo** la identidad se hace. La segunda orientación, más dispersa, buscará sugerir, a modo de máximas, las claves bajo las cuales entendemos que las ciencias sociales deben afrontar el estudio de la identidad colectiva en la sociedad del conocimiento tal y como se nos muestra hoy en el País Vasco.

En todas las situaciones de investigación analizadas “identidad” y “conocimiento experto”, o, en sentido laxo, lo étnico y lo técnico, se han mostrado como dos realidades fuertemente entrelazadas, aunque esa articulación ha sido en cada caso diferente. En el bloque que hemos denominado *conocimiento experto etno-cultural*, y en sus correspondientes situaciones de investigación (Patrimonio y Experiencia Gastronómica), aunque los elementos que sostienen la identidad son claros, visibles y explícitos, los dispositivos técnico-científicos a cuyo uso se acude so pretexto de profundizar en la vasquidad de tales elementos o de dotarles de legitimidad científica, están, al contrario, si no ocultos sí lejos de ser considerados como instrumentos pro-

pios de la vasquidad. Constituyen, a lo sumo, herramientas que contribuyen a su realización. Lo técnico hace lo étnico, pero éste se sigue mostrando como algo que no requiere de aquello para existir. No obstante, entrelíneas de la producción del patrimonio y de la experiencia gastronómica se asiste a un proceso de cambio, sordo pero efectivo, desde el cual el conocimiento técnico-científico interfiere de manera cada vez más notable en ambos campos. Así, en el caso del patrimonio, por ejemplo, donde de la mano de la profesionalización del trabajo sobre lo que constituye tal, asistimos a una extraordinaria banalización de los referentes *duros* de la identidad (lo *auténtico*, lo *tradicional*, lo *propio*); así también en lo que se refiere a la gastronomía, campo para el que se redefine el imaginario social, que aparece ahora como una experiencia gastronómica integral (alimenticia, gustativa, pero también comunicativa y cognitiva).

Sin embargo, por más que se transforma el *qué* de la identidad y aparece, y lo hace con fuerza, el problema del *cómo* la identidad se hace, en ninguna de estas dos primeras situaciones de investigación cambian las viejas reglas del juego de las identidades colectivas: la identidad pertenece al orden del *qué*, es un objeto (a preservar en el caso del patrimonio, a transformar en el caso de la experiencia gastronómica), *algo que se es* y en torno a esa condición se conjuga en el juego social. Lo que no es de la incumbencia de la cuestión de la identidad es el *cómo*: los procesos y dispositivos culturales, científicos y técnicos, la manera de producir la identidad (profesionalización, establecimiento de rutinas de trabajo y protocolos científicos, etc.), en una palabra la experticia puesta en juego de cara a *hacer y deshacer* identidades, siguen aún siendo cuestiones de segundo orden.

Al contrario, en el segundo bloque en el que hemos organizado nuestro análisis (*Conocimiento experto científico-técnico*) y en las situaciones de investigación correspondientes (la producción de un *reality show* televisivo y la producción y promoción de productos autóctonos) la relación se invierte: ciencia/técnica e identidad tienden a ser indistinguibles; es más, la identidad comienza a ser manejada como un dispositivo técnico, un recurso, mientras que el conocimiento experto comparece como algo que es ya constitutivo de la identidad vasca. No es mero conocimiento experto sobre la identidad, es conocimiento experto *qua* identidad.

La transformación es de calibre grueso. Se realiza en dos pasos. En el primero lo vasco se cristaliza tanto que se estereotipa hasta lo banal; esto es, la identidad se convierte en algo corriente y de fácil puesta en escena. Es el caso de nuestra tercera situación de investigación, la producción de un programa de televisión, en la que “lo vasco” se maneja como un *script*, como un guión que se aplica sobre materiales sensibles (lengua, identidad, territorio...). Hecho esto, en el segundo paso, el *cómo* pasa ya a ser el *qué*. Es ése el caso de nuestra última situación de investigación, la producción y promoción de productos autóctonos. En ella se ve que ahora, para ser autóctono, para *ser de aquí*, es necesario ajustarse a unas exigencias técnicas; tan es así que al final del proceso la relación entre lo técnico y lo étnico invierte los términos de sus viejos acuerdos: es la exigencia técnica misma

la que termina conformando (y confirmando) el *ser de aquí*. Lo vasco se vuelve una marca, un protocolo, de suerte que la referencia al original termina desvaneciéndose.

Interesante tautología productiva la que aparece al final de este proceso: la marca remite al original y el original a la marca. No hay origen, solo una norma que se *hace* a través de una recursividad infinita, sin original. Es ese hacer lo que constituye el ser. Lo técnico es lo étnico, tanto como, a la inversa, lo étnico es lo técnico. El cómo (cómo se hace y produce la identidad) es el QUÉ (la identidad misma).

No es otro el itinerario por el que atraviesa la identidad en la sociedad del conocimiento, un itinerario que va de lo esencial y necesario, a lo construido y contingente; de lo ideológico, a lo material; de lo *dicho*, a lo *hecho*. Nuestra propuesta, ya de cierre, es que el análisis de estos procesos de producción de la identidad se emprenda teniendo en el horizonte las consideraciones que siguen. Tómense como máximas desde las que preparar un programa de investigación sobre la identidad en la sociedad del conocimiento:

[MÁXIMA N° 1] La identidad la hacen los expertos: Gestores o militantes, managers o héroes ilustrados recuperadores de tradiciones... se nos muestran hoy como expertos en identidad. Hay entre ellos algún denominador común: todos ellos han sabido ensamblar las obligaciones de la tradición con las demandas de la modernidad; todos saben conectar los discursos tradicionales sobre la identidad con otros más actuales. Aunque entre ellos hay de todo –desde el que procede del mundo militante, donde suena aún la melodía de antaño, hasta el *técnico sin atributos*, para el que la vasquidad es un territorio posible para el despliegue de su saber hacer–, de la mano de este nuevo sociotipo, la identidad ingresa en el terreno de lo técnico. Doble transformación, una del orden de la acción: no se es, se hace ese ser. Otra del orden de la agencia: la capacidad de hacer ese ser está desigualmente repartida en la sociedad. Los expertos concitan cada vez más en torno a sí los dispositivos de producción de identidades sociales y de hacer sociedad en general.

[MÁXIMA N° 2] La producción de identidad requiere de herramientas técnicas especializadas: Estos expertos se comportan como ingenieros en vasquidad. Como tales, trabajan llevando en sus alforjas un buen número de instrumentos altamente novedosos: saben manejar adecuadamente inscripciones, normativas jurídicas, tecnologías de representación, protocolos de exhibición, laboratorios... Saben usarlas, además, para producir efectos de identidad. Tan es así, que hoy es impensable entender la vasquidad sin esas herramientas. Sin el filtro de las nuevas cocinas, de los parques temáticos, de las plantillas de teceo, o de los etiquetajes de calidad aplicados a productos varios, la identidad no sería lo que es hoy. Todos los productos que hemos analizado no serían en efecto los mismos sin la existencia, entre bambalinas, del importante entramado técnico que los produjo. Es labor de la sociología hacer visibles tanto el entramado técnico-científico como sus efectos naturalizadores.

[MÁXIMA Nº 3] La identidad pasa de ser un objeto a preservar, a un proceso a desplegar: como consecuencia de la irrupción en el ámbito *caliente* de las identidades sociales (colectivas) de los elementos más bien fríos del conocimiento experto y los dispositivos tecnológicos asistimos a un doble giro en la sociedad del conocimiento: de un lado, un *giro constructivista* que provoca que la identidad no sea considerada ya como objeto agonizante (a descubrir, recuperar, etc.), sino como un proceso de objetivación. Del patrimonio como algo ya existente, a la espera de ser recuperado, se pasa a los procesos de patrimonialización, es decir, a la producción de algo como patrimonio. De la comensalidad como *tradición* perpetuamente revisitada se pasa al comer como la *traducción* de imaginarios ancestrales a nuevas realidades.

[MÁXIMA Nº 4] La identidad está más centrada en un hacer en permanente transformación que en un ser permanente: de otro lado, asistimos a un giro *performativo* que pone en cuestión la inviolabilidad de una subjetividad, de una *manera de ser*, que se va reproduciendo en una cadena de acciones adaptativas a una realidad estable, y apuesta por una experimentación en el hacer que abre el espectro de plausibilidad de lo real.

[MÁXIMA Nº 5] La identidad se convierte en recurso técnico: La fórmula “la identidad misma opera como un objeto técnico” es en realidad un proceso que corre en paralelo al de la producción técnica de la identidad, que lo culmina: cuando ciertas representaciones de la identidad son algo ya cristalizado, banalizado, institucionalizado, estereotipado, los elementos que las materializan (lenguas, actitudes, gestos, comportamientos...) pasan a engrosar la nómina de recursos técnicos, de herramientas, a los que acudir para generar escenarios sociales, de producir paisajes (un ambiente para comer a *la vasca*, un escenario en el que representar el mundo vasco, una situación en la que aprender la lengua vasca...). Lo antaño sagrado es manipulable, hasta profanable; su repetición, su ubicuidad, producen la saturación de sus significados “oficiales”, “legítimos”. En otras palabras, se imagina la vasquidad como algo tan sólida y explícitamente codificado que se abona la posibilidad de su conversión en parodia, cuando no en chiste. En todo caso, en hacer explícitas las reglas de la identidad estribaría la posibilidad de habilitar la identidad para el juego sociológico, reflexivo, esto es, susceptible de ser jugado tanto “siguiendo la regla” como modificándola. Se constata, pues, una *distancia reflexiva* respecto de la identidad que hace de ella más que un atributo o un objeto que se es, un recurso técnico más, susceptible de ser manipulado en el juego social.

[MÁXIMA Nº 6] La producción científico-técnica (de la identidad) es un componente esencial de la identidad Ahora bien, no todo se desenvuelve en el nivel de una reflexividad sociológica que sabe que la identidad es *despliegue* y sólo es en ese *despliegue*. La tecnificación de la identidad provoca en la mayoría de los casos, al menos en los analizados en este trabajo, una suerte de *autonomización de un hacer*, de un *sistema de acción*, que se convierte en el sustrato y en la nueva regla no explícita del juego de la identidad. Por más que así se hace explícito en el nivel de lo manifiesto, no se produce patrimonio, no se experimenta con la cocina, no se juega a ser vasco en televisión,

no se construye la autoctonía en los laboratorios *para* ser (más) vasco. En el nivel de la latencia. nivel en el que la sociología ha de moverse si quiere seguir aportando algo a la vida social, se es vasco *porque* se produce patrimonio, *porque* se experimenta con la cocina, *porque* se juega a ser vasco en televisión, *porque* se construye la autoctonía en los laboratorios...